



# ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



## MAS SOBRE MEDICINA Y DICCIONARIO

por

JOSE MARIA PEMAN

Director de la Real Academia Española.

Don Julio Casares, el secretario perpetuo de nuestra Real Academia, ha escrito en las páginas de *MEDICAMENTA* (1) un artículo, tan ágil como todos los suyos, sobre *La Medicina en el Diccionario*. Al final del artículo «ha pasado la bandeja», como él mismo dice, para pedir que cuantos lectores de *MEDICAMENTA* sientan esa curiosidad y estímulo, colaboren a la magna obra del Diccionario total e histórico que la Academia tiene entre manos, con el envío de papeletas donde recojan cuantas palabras de la especialidad les salgan al paso en sus lecturas de libros, folletos y revistas de Medicina y juzguen interesantes para el gran Diccionario.

Estoy seguro que van a ser muchos los lectores y amigos de *MEDICAMENTA* que van a acudir a ese llamamiento y a engrosar, dentro de su especialidad, la «legión de voluntarios» que el Diccionario de Oxford, la mayor hazaña lexicográfica del mundo, confiesa que se necesitó para su elaboración, y que hace falta para toda empresa pareja o cercana. Digo que estoy seguro, porque en la Real Academia tenemos la comprobación constante de que son muchos, bastante más de los que suele creerse, los que sienten la preocupación del idioma y la palabra.

Esta preocupación se muestra, a veces, de modo un poco ingenuo: en forma de curiosidad picante hacia las tareas y manipulaciones del laboratorio académico. Una de las preguntas más comunes de esta curiosidad—en esta hora de las estadísticas—es la que se refiere a la extensión y caudal del Diccionario. Cuando se le dan unas cifras escuetas—el Diccionario francés, 36.000 artículos; el español, 72; el inglés de Oxford, 400.000—, suelen sufrir los curiosos una terrible decepción. La abundancia verbal es, al lado de las naranjas y del aceite, una de las cifras de su orgullo patriótico. Hay que acudir entonces a una larga explicación para tranquilizarlos; y, sin negar la mayor abundancia del idioma de Shakespeare, hay que hacerles ver el distinto enfoque de esos varios diccionarios; pues mientras el francés y el español son diccionarios selectivos, el de Oxford es total e histórico; archivo del idioma, donde se clasifica lo viejo y lo moderno, lo técnico y lo popular, y todo con el criterio hospitalario y colonizador que para el neologismo y el barbarismo tienen los ingleses. Baste recordar que el Diccionario de Oxford acoge «torero», «picador», «cuadrilla», etc., como palabras inglesas. Como la fiesta de toros es española, el inglés, hecho a tolerar religiones y costumbres en sus colonias, tolera perfectamente la entrada en su idioma de esos vocablos, que corresponden a las mil voces británicas que el cinematógrafo o los deportes han traído a nuestra habla cotidiana, pero a las que nosotros, más cerrados de fronteras que en el Siglo de Oro, ponemos en cuarentena y lazareto.

Esto basta para apaciguar los sustos nacionalistas de nuestros consultores, pero no para tranquilizar nues-

tra conciencia de académicos, que reclama urgentemente nuestro Diccionario total, que, superando la hazaña de nuestros fundadores en su *Diccionario de Autoridades*, se acerque a la recapitulación de las cuatrocientas mil voces o poco menos que España puede y debe catalogar.

Uno de los principales tesoros de esa nueva abundancia tiene que ser el vocabulario de las especialidades, asombrosamente ensanchado en estos tiempos últimos. Para esta labor, cuya culminación no veremos, ha pasado Casares la bandeja y pedido la colaboración voluntaria. Yo quiero añadir que no es sólo el Diccionario histórico el que se verá beneficiado por ese acarreo, sino también el Diccionario oficial y ordinario. El criterio de éste sobre la admisión de tecnicismos es un criterio mixto, en el que, al lado de su valor técnico, se exige cierta difusión en el habla común. Por eso hay un notable desnivel entre sus admisiones, según la mayor clientela popular—dígamoslo así—que las diferentes especialidades tienen. De Geología, por ejemplo, habrá mucho menos tecnicismo que de Milicia o Navegación, que, por ser profesiones servidas por millares de hombres, fácilmente popularizan sus vocablos y aun los manejan para la libre construcción del modismo o el sentido figurado.

Lo mismo ocurre con la Medicina. El médico es un especialista, pero el enfermo, por desgracia, no. El enfermo tiene una tendencia natural a hurgar en la ciencia de su médico, enterarse de lo que tiene y apoderarse de su vocabulario. Por eso los vocablos de Medicina rápidamente pasan al lenguaje común y sirven de base para refranes, locuciones o modismos. «Ser una sangría suelta», o «ser un sinapismo», o «el cáncer que corroe la sociedad», o «la anemia moral», son, al lado de infinitas más, locuciones de procedencia médica, incorporadas a la fraseología popular. «Acido bórico» fué en Andalucía remoque común para motejar a personas que acudían a todo y para poco eran eficaces... Del mismo modo—y con mayor extensión, a medida que mayor número de personas se medicinan y cuidan—muchas de las novedades de la ciencia médica enriquecen nuestro léxico común y nuestro estilo figurado. La «penicilina» anda ya en cantarillos burlescos que hemos oído a Pastora Imperio. Y los pobres de cualquier Asociación benéfica, asistidos, hoy día, en Clínicas y Dispensarios, así como le hablan a uno del «inquilinato» o de los «meses en fondo», porque son figuras jurídicas ya populares entre ellos, hablan del «neumotórax», que, reducido por ese declive espontáneo hacia el bislabismo, al simple «neumo», es para ellos palabra del más ordinario uso, porque es expresiva de una viva preocupación.

Vengan en buen hora, pues, cuantas colaboraciones espontáneas puedan surgir de los lectores de *MEDICAMENTA*. Serán utilísimas para todos los sectores de la labor académica: casi todas para la catalogación del gran Diccionario histórico y bastantes para la del habla viva y cotidiana.

(1) *MEDICAMENTA*, 124, 243, 16-IV-1947.